

## ESCENA IV.

LAURA, RIVERA.

RIVERA.—Tu desden, hermana, me tiene más disgustado cada día. Hay en la causa de que nace un misterio que quiero y temo descubrir. Pero no hablemos de esto ahora; tienes puesto el manto para salir con Juanilla. Tus ropas están en casa de doña Irene: vete al punto allí. Como ya te dije, no quiero que permanezcas más en esta casa. Doña Irene, que es persona de toda mi confianza y de mucha autoridad, te dará albergue y te hará compañía hasta que te cases, si es que te casas. ¡Hola! ¡Juanilla! (Aparece Juanilla.)

JUANILLA.—¡Señor! ¿Qué mandas?

RIVERA.—Véte con Laura. Doña Irene os espera.

(A Laura.) ¿Y tu tía?

LAURA.—Fué á sus devociones. En casa de doña Irene me aguardará ya también.

RIVERA.—Pues anda con Dios.

LAURA.—Adios, hermano.

(Vánse Laura y Juanilla.)

## ESCENA V.

RIVERA solo.

RIVERA.—Me devoraba la impaciencia de quedar solo para recibir y hablar al Padre Antonio, que

debe llegar al punto. (Pasea agitado por la estancia.) Cipriano está á la mira; le abrirá y le hará entrar. El Padre Antonio, si quiere, puede revelármelo todo. Si no quiere, le obligaré á ello. Ni el Padre ni nadie se ha de burlar de mí. Un compañero del marqués Pizarro debe inspirar respeto, debe infundir terror. Me sobra derecho: tengo motivo justo... Ya llega el fraile... Siento sus pasos en el corredor. Calma. Serenémonos.

## ESCENA VI.

RIVERA, el PADRE ANTONIO.

EL PADRE.—¡Ave María Purísima! La santa paz de Dios sea en esta casa. ¿Qué me quieres, hijo?

RIVERA.—Antes de todo, besar la mano de vuestra reverencia, por quien es y por la merced y la honra que me hace en venir á verme, cediendo á mi súplica.

(Rivera besa la mano al fraile y ambos se sientan en sendos sillones.)

EL PADRE.—Dí lo que gustes.

RIVERA.—Sé que mi hermana es vuestra hija de confesión.

EL PADRE.—Desde hace tres años.

RIVERA.—¿Queréisla bien?

EL PADRE.—¿Cómo no quererla? Sus excelentes prendas le granjean estimación y cariño.

RIVERA.—Conocereis sus pensamientos y su vida.

EL PADRE.—Su alma es un libro abierto para mí.

Los ojos de mi espíritu penetran en el fondo de su corazón, como si fuera su pecho de cristal limpio y claro.

RIVERA.—Ya que tan bien la conoceis, ¿podreis declararme por qué repugna casarse con el hombre que he elegido para ella?

EL PADRE.—¿Qué necesidad tienes de que yo lo declare? Sabido es que tu hermana desea tomar el velo.

RIVERA.—Y vos ¿cómo no le aconsejais que me obedezca?

EL PADRE.—Porque no debo contrariar su vocación; porque no puedo apartarla del camino por donde Dios la lleva.

RIVERA.—Bien está, Padre. Pero yo tengo una duda. ¿La vocación es espontánea ó motivada por algún suceso infausto? Sacadme de esta duda.

EL PADRE.—No puedo.

RIVERA.—Voto á una legion de demonios. ¿Pretendeis probar mi paciencia? Sacadme de esta duda.

EL PADRE.—Bartolomé de Rivera, tú no estás en tu juicio.

RIVERA.—¿Qué pretendéis significar?

EL PADRE.—Nada pretendo significar; afirmo que te olvidas de quién soy, y que me faltas al respeto. Si hubiese alguna razón oculta, algo de misterioso en el motivo de la vocación de tu hermana, y si yo conociese esa razón y ese motivo, sería bajo el sigilo del Santo Sacramento. ¿Cómo había yo de romper el sigilo para satisfacer tu sacrilega curiosidad? ¿Por quién me tomas?

RIVERA.—¿Y por quién me tomáis vos á mí? No me conoceis. No lo extraño. Me fuí de aquí muy mozo.

Si me conociérais, sabríais que soy tenaz. Estábamos en una peña estéril, rodeada de mar desconocido, sin esperanza apenas de que llegasen gentes de refresco con barcos, víveres y armas para proseguir una empresa que parecía locura; estábamos ya postrados de fatiga, sed y hambre, cuando vino Tafur el cordobés á llevarnos á Panamá por orden del gobernador. Los más cedían y se iban con Tafur. Pizarro, entonces, con notable aliento, desenvainó su puñal é hizo con él en la arena una raya que iba de Poniente á Levante: «Quien quiera volver á Panamá á ser pobre, dijo, que no pase esta raya; y quien quiera ir al Perú á ser rico, que la pase y me siga. Escoja el que fuere buen castellano lo que mejor le estuviere.» Así habló y pasó la raya. Le seguimos trece, y yo fuí uno de ellos. Desde entonces nos apellidan los trece de la fama. ¿Y sabéis por qué? Porque viéndonos cercados de los mayores trabajos que pudo el mundo ofrecer á hombres, y más para esperar la muerte que las riquezas que se nos prometían, todo lo pospusimos á la honra. Considerad, pues, si yo cejaré en casos de honra, cuando hice allí lo que hice. Siete meses aguardamos en aquel infierno con la vaga esperanza de que viniese un barco que nos llevara á descubrir un imperio tal vez soñado. ¡Qué no haré yo ahora por descubrir algo que me importa no ménos que el imperio!

EL PADRE.—No veo, hijo, los trabajos que ahora tienes que pasar, ni mucho ménos los peligros que tienes que arrostrar. Permite que no vea tampoco ni amenazas ni desacato impío en tu razonamiento.

RIVERA.—Dejémonos de rodeos y de equívocos, Pa-

dre. No es mi intencion ofenderos; pero hay una causa oculta de la resistencia de mi hermana á casarse con Cuéllar. Tengo indicios de que la hay. Decídmela, pues. El ser yo cabeza de familia me da derecho á ello.

EL PADRE.—Me asombra tu ignorancia. Ni el Rey puede obligar al sacerdote á que revele un secreto de confesion, aunque de él penda la salud de la república. Cabeza de familia y Emperador era Wenceslao, y el santo mártir Juan Nepomuceno sufrió la muerte ántes que declarar lo que le había confiado la Emperatriz. Su lengua, que supo callarse, se conserva aún en Praga, incorrupta y esparciendo suave fragancia.

RIVERA.—No temais...

EL PADRE.—Nada temo.

RIVERA.—No temais, digo, que imite yo al Emperador, y haga experimento cruel de la no corrupcion de vuestra lengua. No cedais por miedo ruin; pero ceded á la prudente consideracion de evitar males mayores. Sin acudir á vos, tengo medios de averiguarlo todo, exponiéndome á ser tremendo y hasta feroz con alguna persona. Evitad que lo sea.

EL PADRE.—Dios lo evitará, si conviene. Yo no debo faltar á mi obligacion para evitar que tú faltes á la tuya: yo no debo pecar para que tú no peques. Deber mio, no obstante, es darte sanos consejos y apartarte de toda airada determinacion, y más aún si no tienes fundamento para tomarla. Tu hermana quiere retirarse del siglo. ¿Qué mal hay en esto? ¿Por qué no ha de ser espontánea su vocacion? Y cuando no lo sea, cuando haya algun oculto motivo, ¿ha de ser malo el motivo que á tan buen fin conduce?

RIVERA.—Padre Antonio, inútil es ya el disimulo. Yo sospecho algo de la condicion infame de ese motivo, y tengo que poner en claro mi sospecha. Juanilla, que se ha criado con mi hermana, es tan picotera como simple. En los cinco dias que hace que llegué á este lugar, he hablado con ella varias veces y he procurado averiguar la vida que Laura y mi tia doña Brianda han hecho durante mi larga ausencia.

EL PADRE.—¿Y qué has averiguado por Juanilla?

RIVERA.—Poco para lo que me importa; demasiado para que mis celos se confirmen. En estos tres últimos años sé que esta casa ha sido como un monasterio. Mi tia y mi hermana no han salido sino para ir á la iglesia. Aquí sólo vos habeis entrado.

EL PADRE.—¿Y ántes de los tres últimos años?

RIVERA.—Antes, ha pasado siempre ó casi siempre lo mismo. Oid, no obstante, cómo mis sospechas han ido confirmándose. Mi hermana acaba de cumplir diez y nueve años. Tenía catorce cuando yo la dejé y me fuí á las Indias. Hace tres, poco ántes de que empezase á confesarse con vos, estaba mi hermana entre los quince y los diez y seis. Hasta entónces gozó de buena salud y de excelente y muy alegre humor. Sus mejillas parecían rosas; sus labios claveles. Laura brincaba como un cervatillo y cantaba como un jilguero. Hoy ni brinca ni canta, ni da señal de regocijo. Hoy gime, suspira y desfallece. Está hermosa, pero la encendida color de sus mejillas ha desaparecido. Su palidez, sus ojeras y su melancolía la hacen acaso más interesante: ponen algo de extraño y misterioso en su hermosura; pero me dan mucho en qué pensar. De los mil pormenores que inocentemente me

ha descubierto Juanilla, resulta que esta mudanza de Laura empezó poco ántes de que ella fuese vuestra hija de confesion. ¿Qué sucedió, pues, poco ántes? Claro está que yo, como quien une pedacillos de papel para leer un escrito que se ha roto, he ido enlazando y uniendo lo que me ha dicho Juanilla en varias ocasiones. Por ella sé tambien que, hace más de tres años, entró varias veces en esta casa un hombre que no erais vos. Entró con tanto recato, que nadie de fuera logró verle. Juanilla misma no le vió jamás la cara. ¿Quién era este hombre? ¿A qué venia? ¿Por qué no ha vuelto? Doña Brianda no es vieja ni fea. Ahora apenas tiene cuarenta años. El hombre pudo venir por ella; pero tengo mis razones para dudar de que por ella viniese.

EL PADRE.—¿Por quién crees que vino?

RIVERA.—Por mi hermana. Doña Brianda habrá de confesármelo todo.

EL PADRE.—No bastan esas apariencias engañosas. No te precipites á algun acto violento.

RIVERA.—No me precipito. Voy con piés de plomo. He continuado en mis pesquisas, y algo más he descubierto. He forzado la cerradura del arca de mi tia; he registrado toda el arca, y en el fondo, en otra arquilla pequeña que he abierto asimismo con violencia, si bien no he hallado escrito alguno, he hallado una bolsa llena de monedas de oro y varios djes de valor. ¿De dónde proviene esto? Mi tia estaba en la mayor pobreza. ¿Cómo lo ha ganado? Vos lo sabeis todo. Decídmelo y evitaredis acaso una explicacion penosísima. A fin de quedarme solo y libre, á fin de que nadie más que yo se entere de lo que deseo enterar-

me, y sea testigo, quién sabe si de mi deshonra, he excitado á Cuéllar á que vaya á Sevilla á terminar nuestros negocios, y he enviado á Laura con Juanilla en casa de doña Irene. Aquí sólo quedamos el indio Cipriano y yo. Mi tia volverá pronto, y entónces yo me entenderé con ella en esta soledad.

EL PADRE.—¿Pretendes acaso atormentar á tu tia?

RIVERA.—¿Por qué no, si lo merece?

EL PADRE.—No lo consentiré jamás.

RIVERA.—¿Qué medio teneis para oponeros? ¿Con qué razon os oponderis? En casos de honra no hay tribunal que valga. Es necesario que el mismo agraviado descubra el delito y le castigue. Vos, que sois tan sigiloso para lo que en confesion os dicen, no seiredis mi delator, infamándome y descubriendo mi propósito. En esta confianza, aunque pudiera deteneros y áun encerraros, os dejaré ir libre. (Suenan dos aldabazos á la puerta.) Ahí está ya doña Brianda. (Prestando oido á los pasos, que se supone que oye en el corredor.) Mi tia se va derecha á su cuarto. Padre, podeis iros. Cuenta con lo que haceis. Si me delatais, si enviais á alguién en socorro de doña Brianda, estoy determinado á todo; no temo ni á la horca, mato á doña Brianda á puñaladas. ¡Cipriano! (Aparece el indio.)

CIPRIANO.—¡Señor!

RIVERA.—Acompaña al Padre Antonio hasta la puerta de la calle. Adios, Padre Antonio. (Váse Rivera.)

## ESCENA VII.

EL PADRE ANTONIO, CIPRIANO.

EL PADRE. (Aparte.)—No debo irme. Sólo quedándome puedo evitar una gran desgracia, aunque sea exponiéndome á morir á manos de este energúmeno. (Al indio con firmeza.) Me quedo aquí.

CIPRIANO.—El amo manda que se vaya vuestra reverencia. Fuerza es obedecerle.

EL PADRE.—¿Y por qué le obedeces?

CIPRIANO.—Por temor y por cariño.

EL PADRE.—Temor... No le tengas. Aquí no estamos en el Perú, donde era omnipotente tu amo. Cariño... La mayor prueba que de tu cariño puedes darle, es dejarme aquí y callar. Quedándome, salvaré á tu amo.

CIPRIANO.—Padre, yo no puedo entrar en estas honrras. Sólo me toca obedecer. Venid, salid de casa.

EL PADRE.—Te digo que no saldré. ¿Eres cristiano?

CIPRIANO.—Sí, Padre, á Dios gracias.

EL PADRE.—Respetá, pues, en mí á un ministro del Altísimo. Dios me manda que aquí me quede. Concurre á que se cumplan sus designios inexcrutables. Cállate y déjame tranquilo. Si por obedecer á tu amo me desobedeces y desobedeces á Dios, caerá sobre tu cabeza la maldición del cielo.

CIPRIANO.—¿Qué decís? ¡Jesús mío!

EL PADRE.—Lo que oyes: la maldición del cielo.

CIPRIANO.—¡Qué horror!... (Volviendo de su asombro.) Vete, señor. Tiemblo por tí y por mí. Mi amo va á volver.

EL PADRE.—Sal tú. Yo me ocultaré en aquella estancia. Desde allí estaré á la mira. (Se oye dentro ruido.)

DOÑA BRIANDA. (Desde dentro y lejos aún.)— ¡Déjame en paz! ¿Te has vuelto loco? (El Padre se oculta.)

CIPRIANO.—¡Qué apuro! Si callo soy infiel á mi amo. Si delato al Padre, ¿qué hará de él este terrible amo mío? Además, Dios me castigaría. El Padre parece un santo. Sin duda se esconde por nuestro bien. (Vase Cipriano.)

## ESCENA VIII.

RIVERA, DOÑA BRIANDA.

[Aparece doña Brianda huyendo de Rivera y como buscando medio de irse á la calle. Rivera le ataja el paso, cierra la puerta que da á lo exterior de la casa y guarda la llave. Cierra igualmente los vidrios del balcon.]

DOÑA BRIANDA.—Déjame en paz, Bartolomé. Tus sospechas son tan absurdas como ofensivas.

RIVERA.—Ya es inútil que corras. Ya no puedes irte. Cerré la puerta de tu cuarto que da al corredor. Ahora he cerrado esta otra. He cerrado el balcon para que no te oigan si gritas. Resígnate y dame cuenta de todo.

DOÑA BRIANDA.—Bartolomé, tú deliras. Me pones miedo. Gritaré y me oirán.